

EL IMPARCIAL

Invita a sus lectores y anunciantes a presenciar las grandes tiradas de sus cuatro ediciones.

TARIFA DE ANUNCIOS

Nacionales: 50 céntimos de peseta línea. — Extranjeros: 70 céntimos. — En la tercera plana: 3 pesetas línea. — Cada anuncio satisface 10 cént. del impuesto. (Ley 24 Octubre 29)

NUMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

FRANCIA Y ESPAÑA

Aun cuando es costumbre inveterada de los gobiernos españoles guardar absoluta reserva en cuanto se refiere a las cuestiones diplomáticas y censurar duramente a los que pretenden averiguar y discutir el secreto, no nos habremos de resignar a que perduren esos hábitos. El pésimo resultado que esas ocultaciones dieron siempre—la historia lo acredita con sus páginas más negras y vergonzosas,—sería una razón poderosa que justificara toda campaña de diuiciación y examen. Pero en lo que atañe a Marruecos hay otras consideraciones importantes que no pueden menos de tenerse en cuenta y que obligan a pedir aclaraciones de los propósitos del gabinete.

El de París no se anda con misterios, si no es en lo que debe reservarse. Apenas le preguntan en la prensa ó en el Parlamento, se apresura a dar contestación, y mediante lo que dice M. Pichon, el ministro de Negocios Extranjeros de la República, nos vamos enterando, siquiera sea parcialmente, de los problemas que se procura resolver con la amable acogida de los moros embajadores y por la amenaza de las legiones militares, dispuestas a maniobrar. La información no es completa ni contiene lo que más nos interesa, esto es, lo que España quiere y lo que van a hacer los españoles; pero a lo menos nos descubre parte de las aspiraciones de Francia.

No pueden ser ni más prácticas ni más útiles para sus intereses. M. Pichon ha dicho en la Cámara de diputados, contestando a M. Riou:

«Las negociaciones continúan ahora en París con una embajada especialmente enviada por el sultán. El punto principal de esta negociación es el reembolso de los gastos que nos hemos visto obligados a hacer en Marruecos.»

Conviene reflexionar sobre estas palabras. Francia ha presentado una factura al majzen, y asistimos al regateo. La tempestad de romanticismo que llevó a Argelia a los vencedores de Abd-el-Kader, en los tiempos en que París cantaba los versos de Béranger, ha sido sustituido con esta nueva intervención francesa en la tierra africana por un espíritu positivista. Lo que primero importa es cobrar. Luego hablaremos de la pacificación, de la obra civilizadora y de los demás menudos detalles del plan.

Pero, ¿cuánto asciende esa factura que quiere cobrarle al sultán de Marruecos el gobierno de la República? ¿Se incluyen en ella los gastos de la expedición de Casa-Blanca, el envío y abastecimiento de buques y naves y el bombardeo de la triste villa indefensa por los acorazados? ¿Se incluyen también los dispendios de la organización de policía prescrita por la Conferencia de Algeciras? ¿Se podrá saber el total de esa cuantecita?

No es sólo curiosidad, ni mucho menos afán indiscreto de meterse en los ajenos negocios. Es que España está contribuyendo a facilitar el cobro y a que el supuesto deudor no se ande con aplazamientos ni habilitaciones moratorias.

Y, además, importa saber si los gastos que España se ve obligada a hacer ahora, por la misma causa que Francia hizo los de antaño, podrán ser reembolsados del peculio mogrebíta. Sobre este punto no sería justificado el silencio, desde que el ministro de Negocios Extranjeros del vecino país habla tan claramente.

¿Por qué intervino militarmente Francia en Casa-Blanca? Porque el sultán no tenía medios de imponerse a las tribus de las chaouias. ¿Por qué enviará el gobierno español refuerzos a Ceuta y Melilla? Porque tampoco puede el sultán ahora hacerse obedecer de las tribus vecinas de aquellas plazas. Siendo iguales las circunstancias deben ser iguales las consecuencias. Y valdría la pena de averiguarlo.

Entrada de los dioses

en Lavapiés,

La Valhalla de la chinche

Desde ayer, 27 de Junio del año CIV de la Era Wagneriana, fecha memorable en los fastos lúrico-matritenses, tiene derecho a ostentar aquel mote, entre glorioso y plebeyo, entre mitológico y etnológico, la castiza parroquia de San Lorenzo, nata y flor de la chulería andante, mapamundi y finibusterre de la hazienda tradicional, emporio, y hasta emporio del madrileñismo de rompe y rasga.

Ya estoy listo; ¡volveme del otro lado! debió de cantar el santo mártir de la parrolia, más quemado que nunca, al verse sustituido en la adoración popular por Wotan, Loge, Fricka, Freia y todas las Walkyrias adyacentes, evocados triunfalmente en plena plaza de Lavapiés por la banda municipal de los Madriles.

Las profanas deidades del Septentrión se colaron por aquellos andurriales segundilleros como Pedro por su casa, y los hijos é hijas de las chulas de Ortega, nietos y nietas de las manolas de Alerza, biznietos y biznietas de las majas de Goya, saludaron la «Entrada de los dioses en la Valhalla» con tantas palmas y vítores como si asistieran a la mismísima entrada de Lagartijo, Frasuelo y Guerrita en el redondel de la Plaza de Toros.

¡Gloria á Ricardo Wagner! ¡Honra á su sacerdote Ricardo Villa! Ambos Ricardos son desde ayer tan populares en Lavapiés y sus alrededores como el propio Ricardo Torres, Bombita II. ¡Honra y gloria asimismo al auditorio popular, que con el instinto artístico, el innato buen gusto, la cortesía y la buena voluntad, acierta á suplir la cultura que de antiguo le viene hurtando las clases directoras!

Como en aquel barrio á la pata la llana, espejo de claridades y dechado de franquezas, cualquier fruto humano puede darse menos el calabacín snob, no hay más remedio que pagar la sinceridad en igual moneda, celebrando muy sinceramente la fervorosa acogida que aquellos infieles del gran Arte—infieles hasta ayer—han otorgado, sin resabios de cursilería ni sospecha posible de pedantería, a los dioses exóticos que se les colaban de rondón en la Valhalla de la chinche.

Con tal de que a la chinche, sobre seguir haciendo de las suyas, no le de ahora por lanzar rugidos á lo Tatuera...

Rabiando de celos deben de estar los dioses del Olimpo. ¡Por vida del otro dios...! El Olimpo se ha confundido tantas veces con la calle de Toledo. Cibeles, Apolo, Neptuno, son tan madrileños de ayer, de hoy y de mañana, como lo fueron á su hora respectiva Pepa la Naranjera, Perico el ciego y Chamorro el aguador. ¡Acabaré Wotan, que se arranca un ojo para que sirviera de sol a la humanidad, por ser tan popular como Fucheta, que perdió la vida en las barricadas?

También deben de estar rabiando de celos á estas horas otros dioses, que sin ser dioses mayores precisamente, han recibido y reciben del pueblo de Madrid culto ardiente, culto inextinguible. Cierzo que el avasallador Wagner y el encantador Weber no han sido presentados ante el gentío ingenuo de los barrios bajos en mala compañía española. Cierzo que en el programa figuraban un delicioso pasacalle de Chapi y una admirable jota de Fernández Caballero. Pero...

Pero los honores de la casa debe hacerse-los al forastero el dueño de la casa, y ha sido gran lástima que los dioses wagnerianos hayan entrado en Lavapiés, sin que el autor de *El Barberillo de Lavapiés* les haya dicho, venciendo ajenas diferencias de doctrina: «Pasen ustedes adelante, que esta casa es muy de ustedes.»

Como primer número del programa de este concierto memorable, tuvo el pueblo—el consabido pueblo del Dos de Mayo, amado Teófilo—una «Marcha Militar Francesa» de Saint-Saëns. No hay para qué menospreciar a estas horas al buen Don Camilo, ni al chinchin de nuestros buenos aliados (¡je, je!); pero, vamos á ver, voto á Wotan un buen rato venido como pedrada en el ojo soberano del propio dios la maravillosa, la incomparable, la archipítica y supercaracterística marcha de *Pan y Toros*?

Ningún palo se les hubiera caído del sombrero, ningún rayo se les hubiera oscurecido de las aureolas immarcescibles que les puso Wagner, si sus dioses y diosas, más las Walkyrias adyacentes, amén de los nibelungos y gigantes del séquito, hubiesen entrado en su Valhalla matritense, yendo todos de bracero con aquellos

manolos y manolas de cuatro en fila,

cuya música y divino guitarrero, igualmente poderoso en la magistral charangarria de la flamante banda, habría sido el mejor acompañamiento de los aplausos y vítores que ayer atronaban la plaza de Lavapiés.

Que el repertorio español, y por añadidura madrileño, de la banda municipal no está completo todavía... Pues hay que completarlo, y pronto, á la española y á la madrileña; que para eso la banda es de Madrid, capital de España, y siendo este buen pueblo tan bueno para lo de fuera, razón es que en lo propio se le trate con igual honrad.

Hay que quitar á Barberi, y también á su Chueca de su alma, el triste derecho que tienen, mientras los dioses wagnerianos entran triunfantes en Lavapiés, á ir cantando, por los espacios en que vaga el alma de Garbí, aquellas seguidillas moronas que comienzan:

Aquí viene un bolero mu afiligr; soy lo más desgraciado que ustedes han visto... (Buena es la banda; pero, hijos, la bandurria tampoco es mala.)

Mariano de Cavia

DESDE LA GRANJA

(CONFERENCIA TELEFÓNICA)

(DE NUESTRO REDACTOR)

Llegada de forasteros.—El bautizo.—Obsequios regios.—El desfile

San Ildefonso 27 (11,50 noche)

Con un día espléndido y animación extraordinaria, aunque no tanta como esperábamos, se ha celebrado la fiesta del bautizo de la infanta Beatriz. La augusta niña, que llegó á la vida entre un desencadenamiento feroz de vientos y lluvias, ha entrado en la cristiandad alumbrada por un sol verdaderamente de Junio y acariciada por tibias brisas.

Desde las nueve de la mañana comenzó a turbar la octaviana tranquilidad de San Ildefonso el trompeteo de los automóviles. Cuarenta y tres pudimos contar los curiosos; es decir, cincuenta y tantos menos que cuando el bautizo del infante Don Jaime. En cambio el año pasado se quedaron por la subida del Puerto quince ó veinte, y este año han arribado todos sin aparente novedad.

Los aristocráticos viajeros, que venían consignados, unos á Palacio, otros á la Casa de Canónigos, otros á diferentes domicilios aristocráticos, y los demás á hoteles y fondas, como los simples mortales, se apresuraron a sacudirse el polvo del camino y á engalanarse para la ceremonia que les había traído. Ellos vistieron sus uniformes y galas, y ellas «toilettes» deliciosas, que, como diría Monte-Cristo, con su justeza acostumbrada, realzaron sus naturales encantos.

Eran los forasteros á quienes pude ver—y perdóneme los omisiones,—los ministros de la Corona, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la provincia, el embajador de Inglaterra, con su esposa, y el ministro del Ecuador, Sr. Rendón (que juntos con el embajador de Austria, llegado ayer, habían de componer la representación diplomática); don Enrique Esteban, el conde de Asmir, D. Honorio Maura, los condes de Valdeagrande, los marqueses de Villasantia, la condesa de Montejár, el marqués de Olivart, el príncipe Felipe de Borbón, el marqués de Portago, el príncipe Pio de Saboya y el conde Schwarzenberg, D. Estanislao Urquijo y la duquesa Isabel Villalba, los duques de la Victoria, la duquesa de Santo Mauro y su hija doña Casilda, la princesa Pio de Saboya, la duquesa de Pinohernoso, el Nuncio de Su Santidad, la condesa de Weisersheimb, la esposa del ministro de la Gobernación y la señoita de Dorniu, los duques de Montemar, la señoita de Alcalá Galiano, los marqueses de Bayamo, los condes de Torrejón, de Revillagigedo y Címera, los marqueses de Sanfeliços de Aragón y Buztán, el Sr. Mendivil, la marquesa de Monistrol, la señoita de Mayorría, el conde de Sástag y los marqueses del Vadillo, Valdeiglesias y Someruelos.

A la una y media el pueblo soberano, que, como los magnates, había comido en cuarta velocidad, se congregó en la Alameda y á la puerta de Palacio para presenciar el espectáculo gratuito que iba á ofrecerse á sus ojos. Y, en efecto, la entrada en la regia mansión de todos los invitados no era de despreciar, aquí donde hay tan escasas ocasiones de distracción. Entraban señores de frac, señores de casaca, unos con enfrangados pantalones y otros con las pantorrillas delicadamente, y afortunadamente, enfundadas en ricas medias de seda. De cada cintura colgaba una espada, llamada á altas misiones pacíficas; sobre cada cabeza ondeaba briosamente un

plomero, ora azul, ya rojo, blanco ó verde. Estos plumeros á mí me encantan, y además me parecen higiénicos. Parecen inventados para que se deslice suavemente por ellos, hasta perderse en el aire, la congestión de ideas que indudablemente enciende los cráneos bajo el casco fulgurante ó bajo el bicornio cortosano. Fulguraban los bordados de las casacas y las piedras de las condecoraciones. Todo era serenidad en el cielo y jugueteo de la luz sobre el paño de las vestiduras oficiales. No había rayo de sol, con ser tantos, que no estuviese empleado en trazar amables ironías sobre una cruz, una franja ó una falda de seda.

Las damas vestían todas de colores claros y se tocaban con la blanca mantilla española. Espectolería y elegancia. Entre ellas y el sexo feo me atrevo ya á encontrar un abismo, como de costumbre.

La ceremonia estaba dispuesta en el salón del trono. Había un altar sencillísimo, una pila bautismal, la famosa de Santo Domingo, y siete sillones. Un magnífico cuadro de Van-Loe, de asunto profano, estaba cubierto con damasco rojo como el que tapiza el salón. Se había convenido en sacrificar la obra de arte para que no desentonase en la ceremonia más nota profana que la nota profana de la magnífica asamblea.

Reunidos los invitados, entró la comitiva. Formábanla, como en todas las solemnidades análogas, las reales personas, los grandes de España encargados de conducir los diferentes atributos, los dignatarios, los altos oficiales militares; la corte en suma con toda su deslumbradora majestad. El príncipe de Asturias entró solito, ocupando con gravedad y corrección su puesto en la comitiva. Marchaba solemnemente, como si no se diese cuenta de que le miraban todos los ojos y se escapaba hacia sus egregios moñetes un beso maternal de todos los labios femeninos. Dispensen al cronista todas las notas encantadoras del bautizo, pero ésta fué la que al cronista le pareció encantadora de verdad.

La infanta Beatriz pasó de los brazos de la condesa de los Llanos á los de la madrina delegada, infanta María Teresa, y el obispo de Sión, con las formalidades de rubrica, y obligadas hasta para los cristianos más humildes, le consagró á la fe con el agua bautismal. Y esto dió ocasión á un incidente sencillamente humano. La tierna criatura formuló una protesta con toda la fuerza de sus pulmones, que es una fuerza admirable. Si la rigida etiqueta no hubiese paralizado los labios, por todos ellos habría pasado una amable sonrisa, una sonrisa distinguida y dulcemente cortesana.

Acabó el acto y desfiló la comitiva. Los invitados aceptaron un «lunche», más bien por cortesía, puesto que todos se hallaban en plena y dichosa digestión, y luego salieron en los jardines, ya invadidos por el pueblo, para ver correr las fuentes. Este espectáculo, mil veces descrito, merece una nueva descripción, que yo no puedo hacer por falta de tiempo y de espacio material. Imagine quien quiera cómo pueden correr estas fuentes maravillosas y únicas en el mundo, cuando sobre ellas cae á plomo la luz del sol y cuando la luz, loca de alegría, vela de sus juegos de agua al humano esplendor de una corte santuosísima. Toda la familia real, excepto el rey, que se había quedado en Palacio firmando numerosísimos decretos sin importancia general, procedentes de todos los ministerios, que le sometió el Sr. Maura, presenció el maravilloso espectáculo, rodeada por el pueblo. Después el rey, que vestía uniforme del ejército húngaro, salió también a los jardines.

Los reyes, al acabar el bautizo, telegrafaron al Papa y á la madrina, archiduquesa Federica, dándole cuenta de que la infanta Beatriz era ya oficialmente cristiana.

La infanta ha sido obsequiada por su madrina con una hermosa joya, y por la princesa Beatriz con una cruz de esmeraldas. La reina Victoria ha recibido también, de Don Alfonso, un collar, y del archiduque, un lazo, ambas alhajas de claros y hermosos brillantes.

A las cinco de la tarde comenzó el desfile, que iniciaron el Sr. Maura y los ministros. Supongo que á estas horas todo el mundo habrá llegado á Madrid con tanta felicidad como yo deseo.

El infante D. Carlos ha marchado á Soria, donde permanecerá, para encaminarse mañana al castillo de Randan.

La infanta Eulalia ha salido para París con sus hijos.

Aquí quedamos pocos personajes, pero bien afeitados.

Mañana habrá un número interesante. El rey llevará al archiduque Federico á visitar la Academia de artillería de Segovia. Daré á ustedes cuenta de este acto antes de volver al seno de mi familia, que me espera ya sin pizcos de solemnidad, pero con los brazos abiertos. No invito á mis lectores a presenciar mi entrada en casa porque no habrá uniformes ni preseas. Viajo de incógnito y el espectáculo va á ser de orden puramente íntimo.

FÉLIX LORENZO.

LA EMBAJADA MARROQUÍ

POR TELEGRAMA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

París 27 (11,10 mañana)

En información enviada desde Fez se anuncia que el día 22 del actual partió de aquella capital la embajada extraordinaria que va á Madrid.

Además de los personajes ya anteriormente citados, forma parte de la misión Sidi-Ben-Asser Ghennam, que lleva el encargo especial de felicitar á Don Alfonso XIII en nombre de Muley Hafid por el nacimiento de la infanta doña Beatriz.—R. BLASCO.

EL CONFLICTO DE Creta

POR TELEGRAMA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

La actitud de Francia

París 27 (11,7 mañana)

Se sigue hablando de la cuestión de Creta, pero se dan por conjurados los peligros de un conflicto, gracias á la actitud del gobierno francés. En los círculos oficiales mejor informados se explica la actitud de Francia en la siguiente forma:

Es imperiosamente necesario que la evacuación de la isla por las tropas extranjeras se efectúe del 15 al 25 de Julio, por haberse cambiado promesas entre las potencias protectoras de Creta acerca de ese extremo desde hace dos años.

Pero al mismo tiempo Francia deseaba manifestar sus simpatías simultáneamente á Turquía y á Grecia. Provocó cambios de impresiones entre las potencias cuando á principios del actual mes de Junio pidió Turquía que se mantuvieran en La Canea y en La Suda los efectivos europeos. También, después de la circular otomana del 21 del actual, se ha estorbado el gabinete francés por lograr que se hicieran algunas concesiones á la Puerta. No podía Francia ir más lejos sin separar-

se de Inglaterra, Rusia é Italia, cuya opinión estaba formada ya, pero al menos ha contribuido á que se adopten dos modificaciones importantes del programa, á saber: que permanezcan cuatro buques de guerra en La Suda, en vez de uno solo de alguna de las cuatro potencias alternativamente, y que flote el pabellón turco al lado de los cuatro europeos, de manera que éstos garantizarán el respeto á aquél.

En resumen; después de esa gestión y los consiguientes acuerdos, deben comprender los turcos que sigue Creta depositada en manos de las potencias protectoras y que solamente ha cambiado la forma de ese depósito.

Se sabe en París que Turquía está complacida de esa actitud de Francia, y que tanto los griegos como los cretenses se manifiestan satisfechos de una solución que evita la retrocesión de la isla al imperio otomano sin consideración de las aspiraciones del mundo helénico.—R. BLASCO.

LA CRISIS ALEMANA

POR TELEGRAMA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Demora prevista.—Resumen de la situación.—La prensa

París 27 (9 noche)

La negativa del kaiser á consentir, al menos por ahora, la retirada de Bulow y el parentés en que por ese motivo ha quedado suspendida la crisis alemana, estaban previstos.

La continuación de Bulow en el poder, aunque resulte definitiva, no probará que el canciller la acepte á gusto. Sus últimas declaraciones en el Reichstag demuestran que ha llegado á ese punto de tensión de nervios en que los estadistas que gobiernan mucho tiempo empiezan á sentir la tentación de la fuga y el horror á la crítica; pero, dada la índole de las instituciones imperiales, no era oportuno el momento actual para que el kaiser se alianase á que frente á las prerrogativas de la Corona y del poder imperial ejecutivo, levantaran ciertos procedimientos parlamentarios el control victorioso del Reichstag. Ni los sentimientos políticos de Alemania ni la Constitución permiten tal confesión de humildad.

Puede resumirse la situación en esta forma:

El emperador no consiente que el cambio de canciller preceda á la liquidación de la reforma financiera, y poniendo el éxito de ella, toda ó en gran parte, por encima de las consideraciones personales, quiere que el Reichstag siga examinándola. Tampoco permite que Bulow ligue su suerte á la de un proyecto de ley aislado y le manda proseguir las negociaciones con los partidos sin mezclarse á sus querellas ni discutirías.

Es difícil pronosticar el desenlace del conflicto.

Según los telegramas recibidos hoy de Berlín, los periódicos conservadores se felicitan de que el kaiser haya rechazado la dimisión de Bulow. Los radicales, aunque lamentan el fracaso del canciller, le reprochan el rasgo de mal humor con que ha facilitado una aparente victoria á la coalición de las derechas y los socialistas piden la disolución, porque en estas circunstancias les convendría mucho la convocatoria de elecciones.—R. BLASCO.

LAS LUCHAS DE BARCELONA

POR TELEFONO

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

El atropello de la Gran Vía.—Protesta unánime.—El Correo y El Poble.—Origen del conflicto.—Ataque y reto.—Los censores censurados.—Amenazas, temores y precauciones.

Barcelona 27 (6,30 tarde)

Reina gran excitación entre nacionalistas y carlistas á consecuencia del atropello de que fué víctima, en la Gran Vía, el diputado provincial Sr. Gubern, por parte de varios tradicionalistas que le consideraron autor ó responsable del artículo epigrafiado «Don Carlos», aparecido en «El Poble Catalá».

Oportunamente telegrafamos el suceso que ha dado margen á una violentísima disputa periodística entre «El Poble» y «El Correo Catalán», órganos, respectivamente, de las citadas agrupaciones políticas que formaron parte de la solidaridad catalana.

El atropello levantó una protesta unánime en todas las personas sensatas, que condenan las apelaciones á términos de violencia como la empleada, por varios carlistas desconocidos, en la persona de un nacionalista caracterizado, que parece ser extraño al artículo de referencia.

Mientras la protesta cunde, recogida y puntualizada por los demás diarios barceloneses, «El Poble» y «El Correo» se entregan á una contienda sostenida en tonos durísimos é inusitados.

«El Poble» publica un artículo, que firma la redacción, manteniendo su criterio y agregando que comentará las cosas de D. Carlos como le venga en ganas.

«El Correo», por su parte, se revuelve airado formulando nuevas amenazas que hacen prever algún choque entre ambos bandos.

No sorprenden semejantes actitudes dado el origen de la cuestión, realmente lamentable.

En el artículo de «El Poble» se traspasan aquellos límites que á la libre crítica señalan consideraciones personales y humanitarias. Lo inspiraba una diatriba formidable contra el Pretendiente, del que decía «El Poble» haberse «electrizado en la fruición principesca de los siete pecados capitales».

«No tenía—agregaba,—más que médula; no podía hacersa querer por el corazón, porque era cruel; ni por el cerebro, porque tenía la frente demasiado estrecha, y como un Baltasar, como un David sin salmos, vivió en eterno concubinato.»

«Daudet dijo, al escribir «Les rois dans l'exil», lo que pensaba de Don Carlos de Borbón. Era un rey errante á propósito para humoristas y músicos de la escuela de Offenbach».

El articulista estimaba, con Don Carlos, muerto al partido carlista, pues Don Jaime sería incapaz de dirigirlo por ineptitud y por tendencias que le apartan del camino de lo austero y de lo moral. Y aun añadía agravios é imputaciones que «El IMPARCIAL» cuidaría de no reproducir, aunque le fuesen telegrafadas.

A semejante artículo contestó «El Correo Catalán» con otro, titulado «Cobardes y canallas», que firma su director Sr. Junyent, usando un lenguaje desusado en la prensa y en el que exigía el «nombre vil» del articulista de «El Poble», que viva «entre el estiércol de los lupanares en que se revuelva».

«El Correo» afirma que no se dirá quién es el autor de la diatriba contra D. Carlos, y agrega:

«Conocerán su condición de irracionales el autor aludido y el autorizante de infamias y vilezas tantas, y por temor de que sean tra-

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid, UNA peseta al mes.  
Provincias, 6 pesetas trimestrales; 10 semestrales.  
Portugal, 7,50 id. id.  
Naciones comprendidas en la 10 pesetas trimes.  
Unión postal. . . . . 15 id. id.  
Naciones no comprendidas. . . 15 id. id.  
Toda la correspondencia y giro deben dirigirse á

ADMINISTRADOR DE «EL IMPARCIAL»

31 Calle de Mesonero Romanos, 31

tados del modo que se merecen, continuarán en el anonimato ó en el escondite, como hacen los cobardes.

«El Poble Catalá» continuará difamando, calumniando, embruteciendo sus columnas con tinta de basura, pero nadie, absolutamente nadie, tendrá el valor de autorizar con su firma lo que sea fruto de su cerebro atrofiado, de su sinvergüenza estúpida ó de su condición de hombre mal nacido.

«¿A que no lo hace?»

«¿Para terminar?»

«¿Debemos protestar contra el artículo en cuestión? No.»

«Contra los gruñidos de los puercos no son eficaces las protestas. A cada cual lo suyo.»

Los antisolidarios recuerdan que los que así se tratan y así escriben integran la solidaridad y les tachaban de violentos y de malones.

Son de temer mayores excesos. Por lo pronto, las autoridades han adoptado anoche grandes precauciones, motivadas por ir en «crescendo» la irritación entre carlistas y nacionalistas.

En los círculos de los bandos contendientes se agitan las pasiones, que no basta á calmar la intervención de personas sensatas que condenan por igual á unos y otros. Si esta intervención no es en lo sucesivo más eficaz, probable es que hayan de registrarse desmanes á que parecen dispuestos los elementos levantiscos.

En el «Centre» nacionalista se ha tratado de la agresión al Sr. Gubern. Se proyecta reunir á la solidaridad para expulsar de ella á varios carlistas caracterizados.

LA CARRERA DEL «GRAND PRIX»

POR TELEGRAMA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Tiempo lluvioso.—Singularidades de la moda.—Llegada de los dos presidentes.—Otro triunfo de Rothschild.—Silbidos á Mr. Fallières.—Palos y detenciones.

París 27 (10,20 noche)

El tiempo no ha favorecido la fiesta clásica del mundo elegante de París. En vez del cielo espléndido y de la temperatura estival que otros años han hecho del «Grand Prix» una fiesta alegre y sevillana, la lluvia y el viento han venido hoy á deslucirla.

La noche anterior diluvio incesantemente. Amaneció el día nubladísimo y cayeron chaparrones abundantes. Se llegó á temer que la persistencia del temporal impidiesen la celebración de las carreras, que constituyen para los parisienses la separación de la primavera y del verano y el comienzo de los viajes, que dejan á la capital de Francia reducida á una gran suprefectura desprovista de atractivos.

A mediodía mejoró algo el tiempo, aunque de cuando en cuando chispeaba.

Desde la una y media, el «pesage», las tribunas y la «pelousse» de Longchamps estaban atestados de gente, como es costumbre.

Aunque algunas señoras, temiendo los efectos de la lluvia, iban prudentemente vestidas con trajes «tailleurs», la mayoría lucían elegantes tunisetas y fantásticos sombreros. Como alca, se viene sosteniendo una lucha entre el gran sombrero que no tiene cabida dentro de un coche, y el sombrero minúsculo que más bien es un capote, para esta tarde se habían dado cita los modistos exhibiendo en las gentiles cabezas de las parisienses las mayores extravagancias de la grande y de lo pequeño. Así hemos visto junto al sombrero-toldo el sombrero-birrete.

Los «lads» en huelga, que pusieron en tan grave aprieto á los dueños de las cuadras han cumplido su palabra y no han perturbado la fiesta. Todos los caballos que iban á correr estaban en el «padak» á la hora reglamentaria. No se ha producido ninguna manifestación de sindicalismo.

Las carreras comenzaron, según el programa establecía, á las dos de la tarde.

El presidente de la república, M. Fallières, acompañado del presidente del Consejo, monseñor Clemenceau, del secretario de la Presidencia y de un oficial á las órdenes, salieron del Eliseo á las dos veinticinco en carrueta á la «D'Amont», precedida del picador Troude, que montaba gallardísimo caballo de Tarbes. Fué aclamado por el público en todo el trayecto.

Mme. Fallières precedió á su esposo diez minutos.

Todos ocuparon la tribuna presidencial con el cuerpo diplomático. Nuestra embajadora la marquesa del Muni estaba en lugar preferente, cerca de Mme. Fallières.

Después de las primeras carreras, menos importantes, vino la del «Grand Prix», cuyo premio es de 300.000 francos y que se verificó á las cuatro de la tarde.

</